

Hainas: Pérdida por partida doble

La desventaja numérica incide en el poco poder de las mujeres dentro de una pandilla. Ellas juegan a diario a ser víctimas y victimarias de otros.

LAS TACAS. Así le llaman a los tatuajes. Las mujeres también se graban las siglas de la mara, su nombre o el seudónimo con el que son identificadas por sus compañeros. Portan armas de fuego de grueso calibre, están tatuadas, consumen drogas y son dueñas de una mirada amenazante. Pero, con toda la rudeza de su apariencia, no pueden defenderse de los abusos físicos, psicológicos y sexuales a que las someten sus compañeros, los homeboys.

A pesar de integrar una pandilla, la realidad de las hainas se parece mucho a la de cualquier mujer que sufre por la violencia.

Cuando la mirada llega a sus barrios (los territorios que dominan y protegen las pandillas) se descubre que no son sólo duras o agresivas, sino adolescentes llenas de temores y desconfianza.

La tristeza, el odio, el enojo y el cansancio de sus ojos delata que son niñas crecidas a la fuerza por las circunstancias familiares y sociales en que les ha tocado vivir.

Al interior de su entorno, la agresividad en las mujeres no es más que una ilusión. Ellas tienen una actitud sumisa. Incluso deben pedir la autorización de los pandilleros para poder hablar de su propia vida.

Aunque los términos hainas o homegirls significan compañera o amiga, ellas no son simples miembros de la pandilla. Muchas juegan el rol de esposas o compañeras de vida de los pandilleros: lavan ropa, cuidan hijos y hasta soportan golpes e insultos.

Doble desventaja

La marginación también se refugia tras los grafitos y la tinta de los tatuajes. El poco acceso a cuotas de poder y la escasa representación numérica de las mujeres en las pandillas empeora su condición de discriminación.

Según los estudios más recientes que el Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA (IUDOP) y la Organización Panamericana de la Salud (OPS) ha hecho al respecto, de cada 10 pandilleros activos, dos son mujeres.

Esto es una enorme desventaja que limita aún más su accionar dentro su barrio y las obliga a acatar las órdenes de quienes, implícitamente, son sus líderes.

Además de ser discriminadas por una sociedad que al mismo tiempo les teme, las hainas están expuestas al rechazo y menosprecio de sus homeboys.

En el barrio se vive una cruda reproducción de una sociedad machista donde el valor de la mujer es secundario.

Esta doble exclusión social de la que son objeto limita aún más sus oportunidades de salir del círculo de la violencia, criar a sus hijos en ambientes diferentes y probablemente mantenerse con vida y lejos de las cárceles.

Todo por el barrio

¿Dónde lleva el `barrio'? es la pregunta que un joven pandillero le hace a una homegirl que pertenece a la 18 y que ha abandonado la violencia, se ha calmado.

El muchacho tiene curiosidad por saber en qué parte del cuerpo se ha tatuado la mujer el 18 ó XVIII, los números que los identifican como miembros de la pandilla.

Mostrar el tatuaje de su barrio es un honor. Defenderlo (aunque esto signifique asesinatos) es un privilegio para estas jóvenes.

Tanto hombres como mujeres deben hacer cualquier cosa por el barrio. No importa ir en contra de la propia voluntad. Las hainas lo saben y lo asumen.

Para proteger a los homeboys y para evadir los registros policiales, las mujeres se prestan para transportar armas y drogas escondidas en cualquier parte de su cuerpo.

Además, si una de ellas falta a las reglas o códigos del barrio (ver recuadro), recibe un castigo del cual se consideran merecedoras. Las penas pueden ir desde un golpe hasta ser obligada a tener relaciones sexuales con uno o varios de sus homeboys.

Otra muestra de su nivel de entrega al barrio es ponerse al ritmo o altura de sus pares masculinos en un pleito o situación de riesgo.

Lo anterior incluye robar, matar, puyar y ser delincuentes, según los mismos pandilleros. Si no lo hace bien, la mujer es menospreciada y estorba, refieren los entrevistados.

Hainas, no líderes

Según Luis Alfaro, psicólogo de FUNDASALVA, las relaciones sexuales que las mujeres sostienen traen una utilidad para los pandilleros: a los más pequeños los hace sentirse más hombres.

Alfaro, que ha trabajado 12 años rehabilitando jóvenes adictos, coincide con otros especialistas en que no ha conocido a ninguna mujer que sea líder de una clika (subgrupo del barrio). La mayor cuota de poder del que gozan es ser líderes del grupo de hainas que hay.

Delincuentes, no mujeres

La inferioridad de las hainas dentro de su grupo hace más hondas las heridas que arrastran los complejos, los vacíos de cariño y la violencia que las caracterizan.

La mano derecha de él apretaba con fuerza el rostro de ella. El forcejeo por librarse era casi en vano. El Coffe tenía a su haina contra una pared de bahareque. Con la mano izquierda empujaba su pecho hacia atrás.

Un carro pasó y en la mirada del Coffe se mezclaron por un segundo el desafío y la culpa. Ese pequeño descuido fue suficiente para que la mujer huyera hacia adentro de la casa.

El Coffe se acercó al vehículo y conversó unos minutos con las personas que estaban adentro. La culpa y la vergüenza que por un segundo se reflejaron en sus ojos no dejaron rastro alguno.

La actitud del Coffe ilustra el sometimiento de las hainas. Ellas mismas se desvalorizan al sentirse al servicio de su homeboy: A mí me ocupan para llevar armas, Nunca me he sentido ofendida. Ésas son algunas de las opiniones que surgen a pesar de que, cotidianamente, están expuestas a escenas como la anterior, si no a peores.

Tienen que aprender a ser delincuentes, no a ser mujeres, opina un pandillero sobre las hainas de su barrio. Para él, si las pandilleras no roban y no matan, sólo sirven de estorbo porque hay que andarlas cuidando cuando hay desvergue porque se corren.

Drogas: minas en el propio terreno

En otros barrios de la 18 la opinión no es diferente: Las 'hainas' aquí están arruinadas. ¿El motivo? La droga.

El crack, la marihuana y la cocaína, entre otras, han llegado a minar la capacidad de rendimiento de las mujeres, según los homeboys de estos barrios.

Últimamente, refieren, la adicción a la droga les está llevando a un abismo. Según el IUDOP, el consumo de drogas aumenta el nivel de victimización en las mujeres.

Pasar mucho tiempo bajo los efectos de una droga las aleja del barrio, empeora su apariencia física y las vuelve incapaces de reaccionar la mayor parte del tiempo. Cosas que no son aceptadas en la pandilla.

El que una haina no tenga una buena reputación afecta la fama del barrio o clika ante los demás. Nos dan pena, resume un pandillero.

¿Contradicciones o buenos deseos?

Cuando los homeboys hablan de sus homegirls parece que están inconformes con su actividad pandilleril. Se avergüenzan de las que no son valientes, arriesgadas y no se ajustan a las exigencias.

Los pandilleros reconocen que sí son machistas, aunque dicen respetar a las mujeres. Muchas veces ese respeto sólo significa no dejarlas perder en un pleito, aunque esta práctica sea más honorable entre hombres.

Valoradas, cuidadas y respetadas al mínimo

En general, las acciones violentas sufridas en el seno de una pandilla se incrementan cuando se trata de las mujeres.

En el estudio del IUDOP se refleja que los números se van arriba cuando se trata de reconocer que las mujeres han sido víctimas de golpes, lesiones con arma blanca, hurtos y robos.

La cifra es altamente desigual cuando el padecimiento ha sido una violación.